

**ASOCIACIÓN MATEMÁTICA VENEZOLANA
XXIII JORNADAS VENEZOLANAS DE
MATEMÁTICAS
UNIVERSIDAD SIMÓN BOLÍVAR
CARACAS, 20 AL 23 DE ABRIL DE 2010**



Este año brindaremos un homenaje póstumo al Prof. Diomedes Bárcenas, quien fue un distinguido miembro de la A M V y contribuyó de manera importante al desarrollo de la Matemática nacional, tanto en el ámbito académico como en el docente.

Sobre Diomedes Bárcenas Morillo:

El Prof. Diomedes Bárcenas Morillo nació en Puerto Santo-Edo. Sucre, el 28 de Enero de 1949. En 1977 se graduó de Licenciado en Matemática en la Universidad Central de Venezuela, y ese mismo año comienza a formar parte del equipo de profesores del Departamento de Matemáticas de la Universidad de los Andes, Venezuela. En 1998, obtiene el título de Dr. en Ciencias, Mención Matemáticas, otorgado por la Universidad Central de Venezuela.

Dirigió más de 21 tesis distribuidas entre Licenciatura, Maestría y Doctorado en Matemáticas, así como también en Educación Matemática. En su obra científica e intelectual nos deja con más de 40 publicaciones entre libros y artículos de investigación en revistas especializadas y de indiscutible prestigio.

Su espíritu colaborador y conciliador nos permitió contar con él en muchas de las actividades que dan vida a nuestra Asociación Matemática Venezolana: dictó varios cursos en La Escuela Venezolana de Matemáticas, a lo largo de estos últimos 10 años fue el Coordinador Nacional de los Talleres de Formación Matemática, TForMa, y también coordinó en varias oportunidades la Sesión de Análisis de estas Jornadas.

Su preocupación porque las Matemáticas llegaran hasta el último rincón del país también lo llevó a colaborar con la Asociación Venezolana de Competencias Matemáticas y varias ediciones de la Escuela Venezolana para la Enseñanza de las Matemáticas.

El 13 de Noviembre de 2009, a la edad de 60 años, el Prof. Bárcenas murió, en su querida ciudad de Mérida.

Diomedes José Bárcenas Morillo (1949-2009)

IN MEMORIAM

“...My youngest sons got to know Diomedes when he visited Ohio; in fact, my youngest went once to Venezuela with me and we spent a memorable New Year in Puerto Santos. Both were saddened when I mentioned how ill he was and each will have nothing but fond memories of him.

Me? I enjoyed every moment around Diomedes. His visits to Kent were among my favorite, most treasured periods of my life. I can recall showing him how the Davis-Figiel-Johnson-Pelczynski factorization scheme worked and how, once he saw what it did, his eyes shone; he was soon a master at its use and it made me very proud to see how apt he was at finding ways to use the technique.

I also enjoyed talking baseball with him. As in all things, he was (justifiably) proud of his Venezuelan heritage. I know his family will miss him and his colleagues both at home and abroad. Venezuela has lost a son that always did his homeland proud.

I could say more but nothing that matters any more than he did.”

Joe Diestel
Department of Mathematical Sciences
Kent State University

*Extracto de comunicación personal dirigida al Prof. Hugo Leiva.
Cortesía: Prof. Hugo Leiva*

Some memories of Prof. Diomedes Bárcenas

One of the great advantages of being a Mathematician is the privilege to travel far and wide to meet our colleagues whom we have never met but know very well through their works. An adventurous trip in 2006 which involved a long air travel followed by a tedious overnight bus journey landed me in Mérida, a sleepy little town in the Andes. The trip was worth all the trouble as it gave me an opportunity to enjoy the warm hospitality of South American colleagues and also earned me several new friends.

It was in Mérida, during my visit to Venezuela to take part in the CIMPA School held in the Universidad de Los Andes, where I met Prof. Bárcenas. He was one of the organisers of the School and we had exchanged a couple of e-mails earlier. There were problems with our accommodation and of course with food but we were very impressed by the warmth and friendliness with which we were treated by the organisers in general and by Prof. Bárcenas in particular.

When I sit down and reflect upon my stay in Mérida a couple of incidents connected with Prof. Bárcenas emerge like Pico Bolívar on a cloudless day. Every day after the first session of lectures in the morning there used to be tea-breaks during which the organisers arranged an assortment of refreshments. Prof. Bárcenas was kind enough to make sure that there was always some vegetarian stuff for me! Once he had arranged to serve chicha de arroz which was very similar to a south Indian dessert over which we had an interesting discussion.

It was amazing to see him mingle freely with academic and nonacademic staff of the university during the parties he arranged. Once in a restaurant where there was good music and not-so-good stage to dance, Prof. Bárcenas surprised all of us with his skills in Salsa!

After my return to India I had for some time corresponded with him in connection with the proceedings of the CIMPA School. There was no regular exchange of e-mails but I used to send him season's greetings during Christmas to which he was always prompt in replying. A week before last Christmas I sent him a message but there was no reply. Then came the e-mail message of Vicky (Yamilet Quintana) on 23rd December giving me the sad news of the sudden demise of Prof. Bárcenas.

Now I know I will never be able to meet him again but whatever memories I have of him I will cherish forever. Paraphrasing an old Tamil poem I could only say: To meet, to enjoy each others company and then to part with fond memories. What else is there in life?

S. Thangavelu
Indian Institute of Science
Bangalore, India

Diomedes Bárcenas

*Al alba, demasiado
Temprano
Tras un café,
Diomedes prendía un cigarrillo
Y comenzaba su aventura
Entre números e iluminaciones.*

*Saltan paraboloides
Hiperbólicos
De la palma de su mano
Con un grito de Cervantes.*

*Indica la posibilidad
De una ecuación hacia la alegría.*

*Él no cree, pero
Cree más que
Aquél que
Dice creer.*

*Un algoritmo
Puede ser igual a un
Malabarismo
Y sus consecuencias.*

*Es ilusionista/ artista del trapecio,
Tropes de caballos de paso...
Geométricos e imposibles
Pasos de bailes
A la luz del plenilunio.*

*Resuelve matemáticamente la intranquila
noche de Mérida, un
Amanecer en Chacopata,
Un atardecer en Puerto Santo, el Morro o
La sumatoria estética del Caribe hacia
Océano Atlántico.*

Sigue en el camino caleidoscópico de la vida.

*Su amor por
La humanidad
Es indeleble,
Como un bolero.*

Pablo Emilio Cárdenas

Diomedes Bárcenas

¿Cómo se escribe el obituario de uno mismo?

En este año infausto y horrible, en el cual el cáncer nos roba a Orlando Leal y a Chucho Ramos, a Leonardo Bautista y Virginia Moreno, se hubiese robado al Checo y por casualidad no a Oswaldo Travieso o a Lindora D'Ornelas; viene el nefasto mal a quitarnos a la fuente de todas nuestras alegrías: Diomedes Bárcenas.

El profesor Diomedes Bárcenas, mi hermano por decisión libérrima, fue un luchador de los buenos, de esos jóvenes campesinos que vinieron a Caracas en una cava llena de guacales, a mostrar toda la matemáticas que aprendieron en el liceo Simón Rodríguez de Carúpano, donde fuera profesor Raimundo Chela y antes, mucho antes, director Luís Briceño Picón, mi abuelo. De allí salió la más alta densidad de doctores en el área físico-matemática que haya conocido el país, incluido el sabio Félix Próspero Marín, gordo y menos grande que su inconmensurable belleza humana.

De Diomedes nos reíamos porque se dormía en clases, cuando en realidad se desfallecía de hambre por no tener ni siquiera los cinco bolos que costaban los tres golpes del comedor. Hoy nadie creería que ese tipo que impresionó a muchos auditorios internacionales con la calidad, tan alta como malo su inglés hablado, de sus trabajos en Teoría de Control, Análisis Real y Análisis Funcional, con incursiones exitosas en Álgebra, Probabilidades, Geometría y Didáctica de las Matemáticas lloraba en el edificio de la Biblioteca Central cuando lo metíamos solo en el ascensor y marcábamos el piso 12. Para alguien proveniente de la muy plana Rinconada de Puerto Santo, en el estado Sucre, eso era peor que trancarle la cochina a Dark Vader. Con Diomedes navegué en la procelosas aguas de todas las materias de nuestra licenciatura en Matemáticas, con él participamos en la creación del Centro de Estudiantes de Matemáticas, cuya primera elección nos ganó nuestro común amigo y hermano Wilfredo Urbina, a cuyo partido derrotamos el año siguiente, tiempos de democracia y sueños revolucionarios. Diomedes se retiró de una marcha contra el presupuesto insuficiente cuando íbamos por la plaza Morelos, porque de lo contrario no tendría tiempo de llegar puntualmente a la defensa de su Trabajo Especial de Grado, para defender su tesis sobre un tema de medidas vectoriales topológicas que le propuso nuestro común, muy querido y exigente tutor Arturo Reyes.

Por esas cosas que aún hoy no acabo de entender, el Departamento de Matemáticas no hizo nada por retenerlo y se fue a Mérida, ciudad donde hizo toda su carrera, Tampoco entiendo por qué los postulantes al premio Mendoza Fleury nunca vieron en su grueso curriculum de investigador de punta a alguien tanto o más merecedor del llamado premio Polar que cualquiera de los matemáticos galardonados, Mischa excluido. Siempre la muerte remueve los bellos recuerdos y los resentimientos en tumultuosa asamblea.

Diomedes, historiador superior de la salsa y del galerón oriental, sin duda alguna el matemático más enterado de la salsa en Venezuela, fue un ávido lector de la producción literaria nacional, así como de la mitología griega y la historia de la Matemática. Siempre me repugnó su antipática manía de sacar una anécdota interesante y rara de la vida de los matemáticos griegos, repugnante por envidia pura y dura. Diomedes es el

único venezolano que conozco que haya leído la obras completas de Andrés Eloy Blanco, Rufino Blanco Fombona, Udón Pérez y Fermín Toro. Como él me dijo un día: "yo leo mucho porque no me gusta que se despilfarre el presupuesto de la república que gastaron para que yo no fuese más un campesino analfabeto".

Diomedes, autor de un montón de artículos arbitrados, nunca fue mezquino con su tiempo para emplearse a fondo en todo lo que tuviese que ver con ayudar a los jóvenes matemáticos o profesores de secundaria a mejorar su formación básica. El más popular de mis amigos jamás transó con la mediocridad que se esconde en la piedad o la caridad de "comprender" que un joven de origen popular no puede alcanzar los pináculos más exigentes de la creación de conocimiento. Basta ver su infatigable labor frente al Comité Evaluador del Conaba en la región andina, en la Comisión de C y T del Fonacit o al frente de los Talleres de Formación Matemática para verificarlo, amén de una lista enorme de tesis de licenciatura, maestría y doctorado. Muy malo no sería cuando Joe Diestel, el puesto 48 entre los matemáticos más citados de la historia, lo escogió como pupilo.

Mi relación personal con Diomedes fue muy intensa, ese negrito me quería tanto que se dedicó a provocar al comando policial que me detenía para que yo no fuese solo a prisión. Le dedicó su tesis de pregrado a mi cuasi ex-novia para ver si no me maleteaba la chica. No se me ocurre que hubiese consultado otro oráculo cuando las angustias existenciales me asaltaban. Nunca me he sentido tan identificado con nadie, ni siquiera con el Checo, Ventura o Wilfredo, como con Diomedes Bárcenas. El hermoso cuento de Tomás Guardia me motivó a descargar un inmenso dolor que pensaba disolver en una barrica de El Muco, puente inicial de mi hermandad con mi maestro en truco y amistad.

La UCV ha tenido montones de gente así: extraordinarias y cotidianas. El más alegre de todas las fiestas, el negro terco que en la víspera de su partida se paró de su lecho de enfermo para agotarse bailando con un quiebre de tumbadoras, el mismo que le ofreció un par de coñazos al médico que lo regañó porque se dio el lujo de abandonar la clínica para morir donde compartía con Anita toda inagotable capacidad de amar; tomó la ruta sin retorno de la muerte. No se cómo lo hago pero, ahogado en lágrimas, no hago más que sonreír recordando al dueño de la mayor cantidad de alegría con quien me ha tocado compartir el aire, el futuro, la rebeldía y la inquebrantable voluntad de ser dignos. Ese negro tan querido que hoy es llorado en los Bloques de San Martín por todos los integrantes del equipo "Los Marruñecos", él que jamás practicó ninguna actividad física distinta a bailar salsa. Hoy está siendo acompañado a su última morada por medio mundo en Mérida, en estos momentos en que yo me trepo por las paredes porque no consigo un pasaje para ir a abrazar a sus hijos Leonardo, Silvia y Mariana y a mi idolatrada Anita, su amor total. Ni qué decir de toda su familia, que siempre me recibe como mía, en La Rinconada de Puerto Santo.

Adiós querido amigo.

Ricardo Ríos
Escuela de Matemáticas
Universidad Central de Venezuela

Diomedes Bárcenas y la ecuación de la vida (1949- 2009)

Siempre llevaba bien puesta una sonrisa; como para demostrarnos que éramos demasiados serios. Una academia sin risas no puede ser academia. Se puede ser de todo, en un salón de clases, menos aburrido. Sus exposiciones de matemáticas, por muy profundas que fuesen iban acompañadas de chistes, expresiones de buen humor y anécdotas divertidas que estimulaban la mente de sus alumnos. Por lo menos, si no entiendes la parte de matemáticas, no te amargas tanto la vida. Su verbo oriental era picaresco, ágil y saltarín como una cometa arisca luchando contra la brisa impredecible del mar. Era un caballero alto, delgado y sabía vestir bien.

Diomedes provenía de un pueblito de pescadores allá en el estado Sucre. Un lugar remoto y paradisíaco donde los niños andan desnudos por la playa. El único pasatiempo para los hombres del lugar era tomar ron desde el atardecer hasta la noche.

“Allí aprendí mucho sobre el infinito de George Cantor mirando al mar y las estrellas”. “Cuando fui a Caracas a estudiar la carrera de Matemáticas puras en Universidad Central de Venezuela, la gente de mi pueblo pensó que me había vuelto loco”– “Cuando regrese me van a mandar para Carúpano”. Esa era mi preocupación. “Voy a calcular la cantidad de agua que hay en el Golfo de Cariaco, y si lo consigo podré hacerme famoso”.

Un día de 1976, después de recibir su título de Licenciado en Matemáticas en la Capital, se vino a Mérida en busca de empleo. Aquí lo recibió la ULA con los brazos abiertos. Venía recomendado por el Dr. Mischa Cotlar y su buen desempeño como estudiante. Diomedes se integró a nuestro grupo: Su chispa criolla, su amistad y lealtad le valieron el aprecio de todos. Éramos jóvenes profesores de la Facultad, estudiantes del postgrado del Departamento de Matemáticas. Obtuvimos el título de maestría el mismo día de 1980 junto a Wilman Brito y Hernando Gaitán.

A finales de los años ochenta del siglo pasado, nuestro grupo era la generación de relevo de los fundadores del Departamento. Estábamos deseosos de asumir las riendas del poder, para lo cual incursionamos en el mundo de la política Universitaria. En materia de política representábamos un cambio: éramos todos de izquierda, cimarrones, contestatarios, irreverentes, tira piedras y anti establishment. Alguno de los nuestros debería ganar la elección de Jefe de Departamento. Diomedes y yo éramos los dos líderes con mayores opciones. Hicimos una reunión en su apartamento, con todo el grupo de los que nos apoyaban: allí se iba a decidir quien iba a ser el candidato a las próximas elecciones. Para no dividirnos hicimos varias votaciones secretas pero esto no funcionó. Entonces alguien tuvo la idea de hacerlo por sorteo. Cada uno de los dos sacaría una baraja de un mazo de cartas. Yo obtuve el puntaje más alto y por lo tanto fui seleccionado. Gané las elecciones y fui jefe durante los dos años que indicaba la ley.

Dos años más tarde, al terminar mi mandato, elegimos a Diomedes y el también fue jefe. Esto de dejar que las leyes de las probabilidades decidieran los asuntos de la política sin afectar para nada nuestra amistad fue muy inteligente. Igualmente fue la

actitud estoica de Diomedes al aceptar la decisión contraria a sus intereses. Él fue siempre una persona prudente que supo cultivar y enseñarnos a todos el valor de la lealtad.

En aquel entonces nuestra amistad alcanzó un punto de inflexión y empezó a crecer de manera exponencial. Compartimos varios proyectos de mejoramiento de la enseñanza de las matemáticas en todos los niveles, entre los cuales está la Escuela Venezolana para la enseñanza de la Matemática, Los talleres para la formación de estudiantes de matemáticas, los encuentros con los docentes de educación media,...etc. Él escribió también varios libros sobre temas elementales con una didáctica bastante clara, sencilla y amena. Diomedes tenía una pluma fácil que adornaba los misterios de los números y la geometría, con un fino toque de humor. Esa era su manera de hacer las cosas. Por otro lado, nuestro gran amigo, fue un investigador reconocido en el área de Análisis Funcional. Dejó varios artículos así como tesis de licenciatura y maestría.

Diomedes compartía su amor por la docencia con la salsa. Era un gran bailarín que llevaba la música en lo más profundo de su ser y en el baile ponía a trabajar toda la geometría de su cuerpo. No podía negar su herencia africana por el ritmo con que bailaba.

Su ecuación para la vida era muy sencilla:

$$\mathbf{Matemáticas + trabajo + salsa = éxito + felicidad}$$

Así será recordado para siempre con todo respeto a su persona, que irradiaba siempre bondad, juventud y amistad sincera.

Francisco Rivero Mendoza
Departamento de Matemáticas
Universidad de Los Andes

El último día que compartí con él

El último día que vi y hablé con mi amigo y colega, Diomedes Bárcenas, fue el jueves 12 de noviembre de 2009, y aún en su convalecencia hablamos un poco del pasado tiempo y tararíamos un son cubano del gran Héctor Casanova, cuya parte principal dice así: “El tiempo pasado es pasado, al ayer jamás podremos regresar, hoy será ayer, mañana será hoy, lo que te espera nadie lo podrá saber; por eso yo vivo feliz cuando yo canto mi bonito guaguancó.” (Sí, Diomedes era feliz cantado y bailando mientras caminaba por los pasillos y jardines de la Universidad o en cualquier lugar donde afloraba su espontaneidad). Y así pasamos un rato relativamente largo (dada su condición) conversando; pero hubo un momento en el que quiso decirme algo, que seguro estoy, era muy importante, pero las palabras no le salieron a pesar de intentarlo varias veces, y pensé, creyendo en su recuperación, que mejor lo dejábamos para otro día.

Luego, el día siguiente, el viernes, me fui a Trujillo a dictar una charla en el postgrado de matemática del NURR, y finalizada ésta me fui a Morón, Edo. Carabobo, a endulzarle los 83 años a mi vieja querida que está enferma.

En el camino hacia Morón iba pensando en silencio y algunas veces conversaba con mi esposa acerca de mi amigo enfermo, a la vez que le decía, ¡cuando regresemos voy hablar con Diomedes nuevamente, pues él tiene algo importante que decirme! Pero no se pudo, la muerte nos hizo una mala jugada, se llevo a mi amigo sin que me pudiera decir nada, sin decirme eso tan importante que yo debía saber y que, estoy seguro, me ayudaría a un mejor vivir.

Te extraño mi panita, y espero que el gran Dios te tenga reservado un bonito lugar donde en paz puedas descansar y hacer lo que a ti mas te gustaba.

Hugo Leiva
Departamento de Matemáticas
Universidad de Los Andes

Mis recuerdos de mi amigo Diomedes

“Uno empieza a envejecer cuando comienzan a morírsele los amigos”

Yo entré en la UCV en Febrero del año 1972 luego del allanamiento de Caldera; había dos promociones de bachilleres (Julio 1970 y Julio 1971), que no habían podido entrar a la Universidad por estar intervenida y cerrada. Por ello a la Facultad de Ciencias entramos ese año 1600 estudiantes. Si se toma en cuenta que la Facultad no tenía locales, salvo los infames galpones que están enfrente de la Facultad de Farmacia, y que por tanto los estudiantes de Ciencias eran unos parias que iban de Ingeniería a Arquitectura, a Farmacia u Odontología para recibir clases se podrán imaginar el caos y la dispersión que era en esos días la Facultad.

Así pues esos primeros semestres era pocos los compañeros que uno podía conocer porque además de tener que estar corriendo por todo el campus universitario para recibir clases, funcionaba el Ciclo Básico de Ciencias. Pero ya en tercer semestre, cuando uno comenzaba a tomar materias específicas del área, fue que los estudiantes de Matemáticas que habíamos entrado en Febrero del 1971 pudimos comenzar a conocernos. Allí estaban, entre otros, Ricardo (Rico) Ríos, Gisela Méndez, José Castillo, Zulaeed Castillo, Manuel Gómez y yo entre muchos. Resulta que allí también estaban Diomedes, Gustavo Ponce y otros que habían entrado antes pero los “agarró” la paralización de actividades por la intervención. La clase de Álgebra I era en verdad un grupo relativamente pequeño, las “matanzas” en el Ciclo Básico ya había cobrado sus víctimas. Nos enfrentábamos por primera vez a un curso formal de Álgebra Abstracta, lo dictaba Daniel Crespín y seguíamos nada menos que el libro de Herstein. Como podrán imaginar pasamos todo el semestre pariendo... Nos re-encotramos luego en el curso de Topología que también nos dio Daniel Crespín y seguimos el intraficible libro Análisis de J. Dieudonné, por lo que por supuesto continuo la paridera. En esos tiempos fue poco lo que conocí de Diomedes hasta que vino la llamada Experiencia, ese experimento antropológico que Marc Keller hizo con nosotros estudiantes inquietos y ansiosos por aprender Matemáticas. Allí entre reuniones, asambleas y discusiones llegamos a conocernos mucho. Claro Diomedes no era de los “salíos” como éramos Rico o yo, pero a pesar de su carácter retraído en esos tiempos, siempre estaba “en la jugada”.

En unas inolvidables vacaciones nos fuimos él, Rico y yo en la Renoleta R4 que yo tenía, a su pueblo natal, la rinconada de Puerto Santo, un caserío un poco más allá de Carúpano. Diomedes era uno de los pocos bachilleres del pueblo y por supuesto fue su primer Licenciado en Matemáticas e indudablemente su primer Doctor en Matemáticas. Allí aparte de conocer a Hija, su madrina que lo crió y era en verdad su mamá fáctica, y otros familiares, paseamos por todo el estado Sucre, comimos hasta arroz con pato (un pato que mató Hija porque nosotros no pudimos) y tomamos cerveza hasta más no poder por no decir hasta la inconsciencia.

Cada quien a su manera, seguimos en esos años tumultuosos, dando lo mejor de cada uno para tratar de aprender Matemáticas. Diomedes hizo la tesis de Licenciatura con

Arturo Reyes, lo mismo que Rico y Gisela, terminó en el año 1977 y casi inmediatamente se fue al departamento de Matemáticas de la ULA en Mérida que había sido recién creado, bajo el liderazgo de Antonio Tineo y Jesús Rivero entre otros. Para ese departamento fue tremenda adquisición desde el mismo comienzo.

Con su partida a la ULA nos dejamos de ver por un tiempo, lo vi un par de veces cuando iba a Mérida a fines de los 70 y comienzos de los 80 en los contingentes de los muchachos de la JS-MIR que iban a ayudar a los locales a ganar la FCU de allá, pero luego, en el año 1983, yo me fui a Minnesota a estudiar mi doctorado.

A mi regreso a Venezuela en el año 1989, estaba comenzando ese hermoso proyecto que siempre ha sido la Escuela Venezolana de Matemáticas, por lo que si bien llegué en Agosto de 1989, ya en Septiembre estaba en Mérida asistiendo a la II EVM. Allí me encontré con Diomedes, el mismo de siempre, llano y sencillo, con ese acento oriental que más de 25 años en los Andes no le pudieron modificar en lo más mínimo. Sí, era el mismo de siempre en el sentido humano, pero era otro, porque aunque en ese período había sacado sólo el título de Maestría de la ULA (en ese tiempo no había doctorado allí) él había aprendido muchísima Matemática... porque Diomedes siempre fue un gran autodidacta. Así pues, se había convertido en un experto mundial en Geometría en Espacios de Banach y también en Teoría de Control.

En mi periódico peregrinar cada Septiembre para la EVM no sólo nos pusimos “al día” en la vida sino también en las Matemáticas. Yo he sido siempre un enamorado de la Teoría de Martingalas, tanto que hasta di un curso en la Escuela sobre ella, junto con Rico, y fue una grata sorpresa para mí, comprobar el dominio que Diomedes había desarrollado del tópico para usarlo como herramienta en el estudio de la Geometría de Espacios de Banach. De ese mutuo interés surgió un artículo que publicamos en SIAM (*Measurable Multifunctions in non-separable Banach spaces*. SIAM J. Math. Anal. Vol.28, No 5 (1997) 1212-1226). Diomedes me enseñó mucho sobre Teoría de Multifunciones (aunque yo creo que a estas alturas ya se me olvidó casi todo) y yo un poco de lo que él todavía no sabía de la Teoría de Martingalas. Fue una combinación muy buena que podría haber sido el comienzo de una fructífera colaboración a largo plazo en esa dirección que lamentablemente no se dio sobre todo por mis enredos. Sin embargo nuestra amistad y nuestra colaboración en muchos otros sentidos siguió creciendo a lo largo de los años siguientes.

Siendo Coordinador de Postgrado de Matemáticas de la UCV tuve el honor de colaborar para enmendar su paradójica situación. Como ya he mencionado Diomedes era una gran autodidacta que aprovechó el relativo aislamiento de Mérida para estudiar como un loco y forjarse una cultura matemática verdaderamente envidiable. Sin embargo sólo tenía el título de Máster y su intento de obtener el PhD en Kent State University con Joe Diestel se malogró por varias razones entre personales, familiares y profesionales. Así pues que con Diestel como tutor se inscribió en el programa de Doctorado en la UCV y básicamente entre los seminarios que dio en Kent y una serie de seminarios sobre Geometría de Espacios de Banach que nos dio de manera regular a lo largo de un año en Caracas a mí y a Ventura, que fungíamos como “jurados” (aunque en verdad éramos neófitos en el tema) completó los créditos requeridos para presentar su tesis doctoral en 1998. Por cierto que en esos continuos viajes entre Mérida y Caracas, para ahorrar unos realitos en vez de tomar el “Madrugador” de Aeropostal que salía a las 6:00 am, él

prefería tomar el que él llamaba, con su humor proverbial, el “Trasnochador” de Expresos Mérida que salía la noche anterior.

Diomedes fue una figura clave para que en las Jornadas Matemáticas Venezolanas anualmente se contara siempre con una sesión de Análisis y por ello mismo fue muchas veces su coordinador. La satisfacción y la alegría que irradiaba después de la realización de cada jornada eran legendarias, sobre todo cuando la gente joven se aventuraba a exponer sus trabajos en ellas, y siempre terminaban con una buena ronda de cervezas.

En el año 2000, a propósito de su declaración por la UNESCO como el año de las Matemáticas, junto con todo un grupo de matemáticos “inquietos por la investigación” decidimos comenzar a organizar unos talleres orientados a estudiantes de las licenciaturas de Matemáticas de todo el país para incentivar en ellos el interés por la investigación en Matemáticas. Gracias al amigo Héctor Pijeira, de visita en Venezuela para el tiempo de la segunda reunión preparatoria de esos talleres, que se hizo en Mérida, estos fueron bautizados como TForMa (Talleres de Formación Matemática). Ese hermoso proyecto, lamentablemente hoy en día un poco extraviado y sobreviviendo en medio de grandes dificultades, contó desde el comienzo con el liderazgo de Diomedes como su coordinador nacional.

Más recientemente dada su tenacidad y su liderazgo en el grupo de Análisis, estabilizó el seminario de Análisis de la ULA que paso a ser rápidamente una referencia nacional e internacional en el área. Tuve el privilegio de ser invitado un par de veces a dar seminarios allí. En una de las últimas veces que di uno, en Junio del 2004 luego de mi presentación nos quedamos hablando Hugo Leiva, él y yo sobre lo que yo había hablado del semigrupo de Ornstein-Uhlenbeck y de las técnicas que ellos habían desarrollado en Teoría de Control. De esa conversación salieron un par de artículos sobre semigrupos clásicos y Teoría de Control (*Controllability of the Ornstein Uhlenbeck Equation* IMA Journal of Mathematical Control and Information. 22 (2005), no. 3, 310-320 y *Controllability of Laguerre and Jacobi Equations* International Journal of Control. 80:8 (2007) 1307-1315, este último con la colaboración adicional de Yamilet Quintana). Se nos quedó en el tintero una colaboración en Ecuaciones Diferenciales Estocásticas donde Hugo y Diomedes tenían unas interesantes ideas.

En Febrero del 2006 con el apoyo de CIMPA-UNESCO organizamos en Mérida una escuela titulada *Familias Ortogonales y Semigrupos en Análisis*, en la que Diomedes jugó un papel fundamental, no sólo como uno de los encargados de uno de los cursos centrales, *Semigrupos de Operadores y Teoría de Control*, sino también como organizador local (para bien y para mal!). Por cierto que las notas de esos cursos están por salir publicadas por la Sociedad Matemática Francesa.

Diomedes debía haber sido jurado de Ebner Pineda mi estudiante de doctorado de la UCLA que defendía la tesis en Junio del 2009, pero una semana antes de la presentación nos llamaron de Mérida para decirnos que el doctor le había ordenado reposo absoluto por un problema hepático. Afortunadamente para mí y gracias a su invitación para dictar otro seminario en la ULA pudimos vernos por última vez aunque no lo sabíamos...

Sería muy largo (y quizás un poco pastoso) entrar en más detalles de mis recuerdos de mi amigo Diomedes. Creo que las líneas anteriores dan cuenta de nuestra hermosa amistad y nuestra común pasión por las Matemáticas.

Demás esta hablar de la inmensa humildad de Diomedes, de su generosidad a toda prueba y de su lealtad en lo que creía y a sus amigos. La legión de admiradores entre sus amigos, colegas y estudiantes hablan por sí solos. Su historia vital habla de una Venezuela distinta de la que nos quieren pintar últimamente. Diomedes, el hijo ilustre de la rinconada de Puerto Santo, salió una vez de ese caserío de campesinos para transformarse gracias a su inteligencia, su capacidad y su tenacidad en una figura fundamental del Departamento de Matemáticas de la ULA y de la Matemática Venezolana y es un ejemplo de las oportunidades que se abrieron en la Venezuela de las últimas décadas del siglo XX.

Su muerte deja en mi un inmenso vacío imposible de llenar y que sólo su recuerdo y su ejemplo mitigan un poco mi dolor.

Wilfredo Urbina
Chicago
10 de Abril, 2010

Diomedes era un ángel. Y punto

Es difícil conseguir a una persona que sea tan unánimemente querida. Todavía no me he topado con el primero que hable mal de él. Su presencia fue requerida en más de una ocasión polémica, por su naturaleza conciliatoria. Esto es cierto aún hoy, después de muerto, cuando la idea de hacerle un homenaje ha unido a todo el mundo, dejando a un lado cualquier género de diferencias o rencillas.

Recuerdo cuando lo conocí, en circunstancias personales y profesionales bastante complicadas. Lo primero que hizo fue invitarme a beber, y desde ese momento tuvimos una empatía enorme. Conversábamos de matemática, y de lo que sería mi proyecto de Tesis Doctoral, cuando de pronto, entre cerveza y cerveza, el hombre arrancó a cantar “Los aretes que le faltan a la luna”. Para mí, particularmente sensible como estaba por la difícil circunstancia que atravesaba, y acostumbrado a un trato muy distinto por parte de la mayoría de quienes hasta entonces habían sido mis profesores, fue un alivio. De inmediato dije para mis adentros: ¡Dios mío, Gracias!

Tan bien avanzamos, que en apenas dos meses teníamos, en esencia, listo el teorema fundamental que conformaría nuestro primer artículo. Desde luego fue necesario, después, afinar varios detalles (lo cual tomó algo de tiempo) y sobre todo, esperar por la respuesta de las revistas, pero una vez aceptado y publicado, tuve la inmensa y hermosa sensación de haber superado una etapa bastante dolorosa de mi vida. En la defensa de mi Tesis obtuve la mención excelente, que es la más alta calificación que otorga el Postgrado de matemáticas de la UCV para una Tesis Doctoral. Todo esto se lo debo a él.

Mientras tanto, produjimos otro artículo más. Cómo hubiera querido seguir haciendo matemáticas con él, seguir aprendiendo cosas de él. Porque este hombre con tanto desparpajo, tan humilde y auténtico, era uno de los mejores matemáticos de este país. Joe Diestel, su tutor, cuyo nombre figura entre los analistas más reconocidos a nivel mundial, decía que Diomedes había sido uno de sus mejores alumnos. Me atrevo a decir que, en Venezuela, nadie sabía más Teoría de la Medida que él. Hizo por mí lo que todo buen maestro debe hacer: me indicó una orientación, me dio un camino, una línea de investigación. Y más allá de eso, me ayudó a madurar, a reconocer errores a veces enormes, me ayudó a comprender mejor el mundo de mi profesión y a relacionarme mejor con mis colegas. Con su muerte, Diomedes parece decirme: ya te di las herramientas, ahora te toca andar por ti solo.

Las circunstancias quisieron que yo fuese la única persona a quien Diomedes doctorara. Por eso me siento, con toda legitimidad, su heredero. Se ha ido muy pronto, claro está. Quizás en el mejor momento de su carrera. Y como a otros, me acongoja saber lo mucho que aún tenía por dar, humana y académicamente. Muy pronto se fue el hombre que me tendió la mano en el momento más difícil de mi carrera, gracias a quien profesionalmente hablando soy ahora lo que soy, mi tutor magnífico. La deuda de gratitud que tengo es inmensa y de por vida.

Luis Gerardo Mármol Bosch
Departamento de Matemáticas
Universidad Simón Bolívar

Mis recuerdos sobre el Prof. Diomedes Bárcenas

El Profesor Diomedes Bárcenas fue una persona siempre accesible, no establecía la llamada barrera profesor-alumno. Agradezco haber tenido la oportunidad y el privilegio de que asesorara mi tesis de maestría y puedo dar fe de que era sumamente responsable y estricto con sus tesis.

Observe que le gustaba trabajar en ambientes al aire libre, como los geómetras griegos de la antigüedad, y en las celebraciones le gustaba hablar de matemáticas, política, y de muchos otros temas, como S. Banach en el Café Escocés. Además disfrutaba bailar, lo cual hacía con un estilo muy original.

El se sentía muy orgulloso de ser un hijo de Puerto Santo y viajaba desde Mérida hasta allá, cada vez que se le presentaba la oportunidad, para visitar a su madre. Como buen hijo del mar, adoraba comer pescado, creo que muy especialmente Sierra.

**Yarúa Maneiro
Departamento de Matemáticas
Núcleo de Sucre
Universidad de Oriente**